

El abuelo

Por él supimos de la disolución de la Unión Soviética, de persecuciones políticas, de José Carlos Mariátegui y de Víctor Raúl Haya de la Torre, y de los diversos gobiernos que por el país pasaron. Sombrero negro, terno negro, corbata negra y medias oscuras; mi abuelo paterno como un film antiguo: lejano y ameno.

Nos asombraba su memoria. Fechas, nombres y sucesos desfilaban por sus largas conversaciones que hoy nadie recuerda. Se persignaba —“es comunista, no es posible”, decían sus ilusos yernos— antes de ingerir cualquier alimento. La Virgen Dolorosa era su consuelo y alivio. “Los milagros son posibles si los haces existir”, nos decía cada vez que algo nos parecía imposible.

De él, en verdad, casi nada supimos. Su madre, esposa de un Coronel del Ejército, murió cuando era niño. Desde adolescente, trabajaría en periódicos en los que destacaría como cronista; ya viejo, y director de alguno de ellos, habría de dejarlo por la prisión que destruye el alma de los hombres buenos. Alguien de mucho poder le ofreció dinero para callar la verdad acerca de una toma de tierras; contra gobiernista le dijeron y en una celda oscura y pestilente acabó. Cinco años en prisión fueron suficientes,

pues hoy ha salido —o, para ser exactos, lo hemos sacado—, a cuestras.

Perseguido por sus ideas en Paitaó —lo supimos, pues nos contó muchas veces— decidió venir a vivir aquí a Torón donde enseñó en la Escuela Pre vocacional de Varones N° 1111. Guitarrista y de buen hablar, el abuelo siempre se hizo querer y fue amado por todo tipo de mujeres; “para el verdadero amor la infidelidad es una quimera”, solía decir.

Le resultaba tristísimo informarse de injusticias. “La justicia social es un estandarte de la vida”, repetía siempre. César Vallejo sería el poeta cuyos versos desfilarían por sus labios durante toda su vida. Pero Vallejo —un hombre, además, de fino humor que conoció en París— era para sus nueras, o para sus mujeres, un bicho raro, otro loco como él. En este triste barrio en que aún vivimos de lo único que se hablaba era de vecinos y maridos engañados, hijos sin mayor suerte que sus viajes sin retorno a la costa, fiestas de santos y otros temas que nunca le importaron; y aún algo de eso siempre queda, a pesar que ya vemos televisión y vamos en tropa a los juegos de Internet.

Sin embargo, algo aquí —a pesar de todo— le retenía: lo verde del valle, la dirección del periódico que tanto le costó, el

cinema del centro de la ciudad o el río de truchas pequeñas que bien supo preparar.

Recuerdo ahora —con claridad de agua de lluvia— su colección de revistas de la Segunda Guerra Mundial agrupadas en tres tomos con figuras en color sepia; formato grande, empastadas por él, sin otra pretensión que guardar testimonios de sucesos de otro tiempo. Teníamos que abrirlas entre dos; deshojarlas era un deleite: el mundo parecía transformarse en aviones rápidos, tanques pesados, barcos inmensos, soldados disparando y muriendo... jamás nos cansamos de mirar. Sus preciadas revistas que —con sueldo de maestro primario— pudo conseguir, ya no existen. De esos tomos nada queda; en usos personales, inicios de fogatas y otros fines se fueron.

Nunca conocimos a todos sus hijos. Ninguno de ellos se conocía y eso es una tragedia, pues hoy han llegado todos, por lo de la herencia, por reclamar el sombrero, el saco nuevo, los zapatos charol; en fin, como lobos tras el cordero, a reclamar. Pero a reclamar qué. Nada, pues nada tiene. Lo que tuvo, sus mejores libros, por ejemplo, acabaron en las letrinas de su primera mujer, otros libros se salvaron de la hoguera porque tenían muchas figuras a colores que gustaban mirar sus vecinos, los que terminaron finalmente apolillándose en la

biblioteca de su primer yerno que supo leer.
Reclamar qué; nada, en verdad nada.

Que sepamos son cuarenta sus hijos;
y —yo soy uno de ellos— ciento noventa
nietos con su apellido en nuestras partidas
de nacimiento.

Y ya qué más decir; el abuelo murió
hoy, por la mañana, en la nueva prisión de
Torón. Lo sacamos a cuestras. Son las seis
de la tarde y yace tendido en una mesa cual-
quiera, rodeado de velas blancas que arden
calmadas, hijos hambrientos de herencias,
juicios por su sueldo de maestro.

Las viudas no lloran, se miran murmu-
rando, sonriendo o enseñándose los dientes;
y nosotros, los nietos de trece años, decidi-
mos jugar a los periodistas para recordarlo
cómo era, antes que partiera —con la
cabeza y el corazón en alto—, rumbo a la
cárcel que lo acogió hasta el día de hoy en
que, si no fuera por su muerte, cumpliría
setenta años de vida plena.